

putrefacción le sobrevino en vida y de tal maneraapestaba que ni los Zopilotes comieron su carne.

Murieron 70 Seris en este combate.

Asombrados los indios al ver que Don Pascual salió ileso de esta batalla le creyeron invulnerable, y poseídos de supersticioso miedo pidieron la paz y desde entonces lo respetaron como á invencible guerrero. A partir de esa fecha los Seris han seguido viviendo poco más ó menos como salvajes, no atreviéndose á atacar los ranchos, pero roban ganado y asesinan á los exploradores que imprudentemente se aventuran á entrar en la isla. Los episodios últimos han sido referidos y comentados por la prensa. Uno de ellos es el que se refiere á la balandra *Examiner*, dos de cuyos tripulantes se dice fueron devorados por los Seris.

Varios episodios sangrientos y dignos de ser referidos han tenido lugar en épocas recientes, con motivo de las exploraciones científicas que á la Isla del Tiburón se han emprendido.

He aquí la relación hecha por McGee:

#### SMITHSONIAN INSTITUTION

BUREAU OF AMERICAN ETHNOLOGY

Washington, Diciembre 4 de 1894.

Sir: A principios de Noviembre visité la tribu de indios Seris que habita la Isla del Tiburón en el Golfo de California y una área de varios miles de millas cuadradas en la costa del Continente, en Sonora, México.

La visita tuvo por objeto hacer colecciones bajo la autorización de Ud. como Secretario del Instituto Smithsonian, pero yo quise aprovechar la oportunidad para obtener informes adicionales relativos á las costumbres, hábitos, é historia de la tribu. Además de los que formaban parte de mi expedición fui acompañado por el Sr. D. Pascual Encinas, un prominente ciudadano de Hermosillo, y propietario de varios ranchos situados en las inmediaciones y dentro del territorio llamado Seri; también me acompañó el Sr. A. Alvarado León, de Hermosillo, un joven mexicano educado en los Estados Unidos. Por el Sr. Encinas tienen los indios Seris mucho respeto, y este señor me acompañó bondadosamente con el objeto de facilitar una entrevista pacífica con los indios; el Sr. Alvarado León fué con el carácter de intérprete español-inglés, y un miembro de la tribu que habla español (Mashen) sirvió de intérprete Seri.

Uno de los motivos de conversación fué acerca del asesinato de dos americanos en la última primavera, en una fecha desconocida para los indios y para mí. Al principio los indios rehusaron hablar del asunto, pero después de recibir algunos regalos míos y del Sr. Encinas y después de que éste les aseguró que no corrían ningún peligro, el intérprete de la tribu confesó el delito y dió pormenores, asegurando que ninguno de los Seris presentes en el lugar de la conferencia (Rancho de San Francisco de Costa Rica, 11 leguas al Oeste Suroeste de Hermosillo y cerca de la costa) habían tenido participación.

Según el primer relato del intérprete Seri, los indios vieron un buque pequeño aproximarse á las playas de la isla y vieron cuatro hombres que en un bote se dirigían á tierra. Los del bote preguntaron por medio de señas si había en la isla caza abundante y el jefe de la tribu les contestó también por señas que sí y les enseñó una carta extendida por las autoridades oficiales de Hermosillo.

Entonces los extranjeros se dividieron en dos partes, quedando dos en la playa con el bote, mientras el que había hablado y otro se internaron en la isla acompañados por varios in-



UNA FAMILIA SERI

dios. Cuando estuvieron á cierta distancia—dice el narrador—uno de los Seris que habían quedado en la playa manifestó por señas el deseo de que le prestaran un rifle de uno de los extranjeros que cuidaban el bote, y después de algunas vacilaciones le fué prestado. En seguida los indios pidieron también prestado el bote y después de que el extranjero que estaba en la playa subió al buque les prestaron también el bote. Los indios, llevando el rifle del hombre blanco, dieron un pequeño rodeo y desembarcaron en una dirección propia para cortar la retirada á los dos extranjeros que iban por tierra. Esperaron hasta que aparecieron y disparando sobre el que había hablado lo mataron. El otro hombre blanco gritó pidiendo socorro y entonces dispararon también sobre él y lo hirieron. El corrió, se arrojó al mar y no se le volvió á ver más. Los indios que traían el bote prestado volvieron á la playa y se dirigieron al buque con intención de apoderarse de él, pero los dos hombres que estaban en el buque les apuntaron y dispararon sobre ellos con un cañón y entonces los indios tiraron el rifle prestado y corrieron, escondiéndose entre los bosques de mezquite. Uno de los blancos vino, recogió su rifle, se volvió en el bote al buque y los dos extranjeros se fueron. La anterior relación fué dada al Sr. Encinas sólo por el intérprete de los indios, y trasladada á mí por Alvarado León; pero ni el Sr. Encinas ni yo la encontramos verídica, conociendo que el carácter y costumbres de los Seris son incompatibles con la parte del relato que se refiere á la herida y fuga del segundo hombre y así lo manifestamos á los indios. Estos, después de haberse adherido al primer relato durante dos horas, enviaron de nuevo su intérprete, quien modificó la relación diciendo que mientras iban en camino los dos extranjeros, otros indios (ninguno de los allí presentes ni de los que acompañaban á los blancos) habían disparado sobre el segundo y que habiendo éste, que estaba herido, seguido gritando, lo mataron á pedradas. Más tarde, reuniendo datos lingüísticos con el intérprete Seri ayudado por el Sr. León, insistí acerca de aquel acontecimiento con el objeto de averiguar si los dos extranjeros habían sido comidos por los indios. Por las respuestas vine á saber que los Seris no comen ni todo ni parte del cuerpo humano, ni en paz ni en guerra; que tampoco comen carne humana por vía de sacrificio ó ceremonia y especialmente que no habían comido la carne de aquellos dos extranjeros. Me inclino á creer que esto es verdad. El Sr. Encinas me informó que después del asesinato de los dos americanos en la isla los Seris no volvieron al Continente sino muy raras veces, que los primeros representantes de la tribu que vió fueron dos mujeres muy viejas y que vinieron con mucho miedo á su rancho. Como estas representantes no fueron maltratadas, vino después un hombre, que tampoco lo fué, y entonces vinieron otros; pero que desde la fecha del asesinato no habían venido hasta poco antes de mi visita y que aquella era la primera vez que se volvían á poner en comunicación con los blancos y que confesaban su crimen.

Entre las varias contradictorias relaciones que en Sonora me hicieron, hay una que estoy dispuesto á creer, tanto por el carácter del informante cuanto por las circunstancias en que manifestó haberla obtenido; es la del ex-Cónsul Forbes de Guaymas. Este relato corresponde en todo al que me hicieron los indios, menos en lo que se refiere á lo de que los dos supervivientes estaban armados, pues cuando el que estaba en el bote les apuntó á los indios que se acercaban, no lo hizo con un rifle sino con un bastón. Afortunadamente los indios se engañaron y huyeron.

Puede añadirse que los indios Seris son, á la vez que los Pimas primitivos, los más sanguinarios y los más traicioneros de todos los indios de Norte-América, que yo sepa; que su carácter es bien conocido en Sonora, en todo México, en Arizona y en el Sur de California. Me dijo el Gobernador interino de Sonora y también me lo dijo el Prefecto, que sería como un modo cualquiera de suicidarse, hasta para un Oficial mexicano, visitar á los indios ó desembarcar en la isla sin una escolta considerable. Por las conferencias que tuve con los Seris, pude

saber que cualquier individuo, sea mexicano ó de otra tribu, que entra á la isla, es asesinado sin piedad, á menos que el miedo se los impida.

Por mi parte estoy convencido de que el carácter de los Seris es peor que la mala reputación que tienen adquirida en todo el Sudoeste.

Debo hacer constar que aunque los indios no pudieron decirme el nombre de los dos americanos asesinados, la descripción que de ellos y del buque hicieron, corresponde exactamente al periodista Robinson y á su compañero, y la del buque á la balandra *Examiner*, y la información de Forbes le fué dada por los supervivientes de la expedición, al servicio de Robinson. Es indudable que fueron Robinson y su compañero los asesinados por estos indios, y que este asesinato es el que ellos me han confesado ahora.

Con el mayor respeto queda de Ud. atento servidor.

W. J. McGEE.

*Etnologista comisionado.*

Al Honorable S. P. Langley, Secretario del Instituto Smithsonian.

En cuanto se tuvo noticia de este crimen, empezaron las indagaciones diplomáticas. El Gobierno del Estado y la Federación dictaron enérgicas medidas para castigarle y un buque fué enviado de Guaymas con tropas Federales, mientras de Hermosillo salían también varios soldados. Las instrucciones que llevaban las fuerzas eran capturar á los criminales y llevarles á Hermosillo, pero de cualquiera manera cogerlos muertos ó vivos y, si era necesario, exterminar la tribu. Esta expedición fracasó como muchas otras; los caballos de la fuerza que iba por tierra quedaron inutilizados en los arenales llenos de *tuseros*, el buque fué detenido por las tempestades y las corrientes, los botes encayaron por la marea, en tanto que los indios contemplaban tranquilamente aquel cuadro desde lo alto de sus inaccesibles montañas.

Cuando se acabó el agua y los animales estaban á punto de morir de hambre la tropa volvió á Hermosillo sin haber visto un solo Seri.

En el Otoño siguiente, la tribu solicitó la paz en la forma en que lo hace siempre; envió una matrona al rancho de Costa Rica, vinieron después otras mujeres, jóvenes y niños y, por último, los guerreros, unos ó todos. Bajo la influencia de Pascual Encinas y halagados por algunos regalos, consintieron en hablar con los miembros de la primera expedición del Bureau of American Ethnology (1894, Noviembre) y dieron bastantes informes acerca de su lengua, costumbres habitacionales, implementos, modo de pintarse la cara y de fabricar collares con cascabeles de víbora y pelo humano.

Cuando el Bureau regresó, los indios volvieron á su vida de siempre; pero en ese invierno el Gobierno de Sonora consiguió con un golpe estratégico apoderarse de varios guerreros indios y de cuatro familias: se cree que los guerreros fueron fusilados.

Los indios, creyendo que este golpe era consecuencia de la entrevista con Encinas y los extranjeros, resolvieron vengarse atacando el rancho de Costa Rica, lo que hicieron varias veces. Por fin fué necesario establecer en aquel rancho una guardia de Pápagos domiciliándolos allí; los Seris temen más á los Pápagos que á cualquiera otro enemigo y que á las tropas Federales.

La prensa seria ha referido después dos exploraciones á la isla del Tiburón.

La primera formada por siete prospectadores, que exploraron la isla.

Cuando regresaban uno de ellos se quedó atrás y sus compañeros, aunque volvieron y lo buscaron con empeño, no pudieron encontrarlo.

La segunda excursión fué hecha por un alemán cuyo nombre se ignora, que vino de Chi-

huahua con dos mozos, entró al Desierto Encinas, y probablemente á la isla, y no se le volvió á ver más.

Sigue después la segunda expedición del American Bureau of Ethnology.

Algunos Pápagos fueron agregados á esta expedición; pero un día los vaqueros, siguiendo la huella de una res que se había extraviado, encontraron á unos Seris devorándola, y los atacaron con tal denuedo que los indios sólo pudieron escapar debido á su ligereza, superior á la de los caballos, y dejaron en poder de los vaqueros varios de sus útiles, un arco, muchas flechas y un rifle viejo é inservible del ejército. Con tal motivo fué imposible volver á ver á los Seris.

Refiere también la prensa que á fines de Enero de 1896 entró á la isla una partida de cinco exploradores mineros y que ninguno salió de ella.

El último episodio es el de Porter.

A fines de 1896, el Capitán Gorge Porter y el marinero John Johnson, que habían pasado uno ó dos meses recorriendo la costa y juntando conchas, plumas y curiosidades en la lancha *World*, anclaron en Rada Ballena. Dos días después el Capitán Martín Méndez, de Guaymas, que mandaba el *Otila*, llegó á Bahía Kunkaak arrastrado por una tempestad y vió una horda de Seris echando á pique una barca. Dió aviso en Guaymas y el agente consular de los U. S., Crocker, emprendió una averiguación. El Gobernador Corral mandó una fuerza á Costa Rica.

Después de algunos días, dicha fuerza encontró una horda de Seris al mando de un guerrero de siete pies de alto llamado el Mudo; de las averiguaciones resultó que al desembarcar los dos americanos en la isla recibieron una descarga de flechas. Johnson quedó muerto en el acto y Porter se defendió heroicamente matando cinco Seris y al fin fué asesinado.

En la conferencia, los oficiales del Gobierno manifestaron al Mudo que si no entregaban á los culpables se castigaría á toda la tribu; el Mudo entonces huyó con los suyos.

Desde esa fecha los Seris han permanecido generalmente en la isla, de la que salen con muchas precauciones para robar ganado y huyen á la aproximación de los blancos.